

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx
En Internet <http://www.geocities.com/sergiomontesgarcia>

NO. 244

ENSEÑANZA REVOLUCIONARIA DE LA HISTORIA

León Díaz Cárdenas
1912-1941

León Díaz Cárdenas (nació en Piedras Negras, Coah.; murió en San Luis Potosí, SLP) fue de los jóvenes profesores comprometidos con la reforma educativa de 1934. Su entusiasta respaldo a la educación socialista mexicana se manifestó no sólo en su cátedra de la Escuela Nacional de Maestros y en la dirección de la «Biblioteca del Maestro» del periódico «El Nacional», sino, sobre todo, en las numerosas obras que escribió, entre las que destacan: Literatura revolucionaria para niños (1937), Lecciones de Historia de México (1937) y Cartas a los maestros rurales (1938).

Principios

La enseñanza de la historia es uno de los más importantes capítulos de la Nueva Escuela Mexicana. Es, a la par, uno de los estudios para el cual tenemos menos material al alcance de los niños y una enseñanza en la que están menos entrenados los maestros.

Tarea difícil es dar, en el pequeño espacio de un artículo, una idea clara de la técnica de la historia y mucho más difícil explicar los principios filosóficos, sobre los que debe basarse su interpretación.

Intentemos, al menos, el planteamiento de estas cuestiones y apuntemos las soluciones válidas.

Entre los historiadores de México, a partir de los frailes y soldados cronistas de la Conquista y la Colonia se cuentan eminentes eruditos e infatigables acopiadores. En nuestros días abundan todavía los acuciosos gambusinos de la Historia. Ellos han recogido y recogen datos, fechas, anécdotas, biografías, descripciones, ya de la vida política y guerrera, ya de la aparentemente simple y sencilla vida familiar. Su obra de acarreo es importantísima y laboriosa. Cumplen así una tarea necesaria, indispensable y meritoria.

Pero se impone la necesidad —la urgente necesidad— de dar remate a esa larga tarea de enumeración y acopio con la de INTERPRETACIÓN. Valorar todos los datos hasta hoy dispersos y agruparlos de acuerdo con ciertos principios, de acuerdo con una teoría dada, que a manera de columna vertebral los arme, les dé forma y los sistematice. Convertir los fragmentos, los materiales tan penosamente acarreados, las descripciones aquí y allá dedejadas al desgaire, en un todo organizado, vivo, ordenado y lógico. Tal es la tarea de la interpretación.

No somos los primeros en emprenderla. La pequeña burguesía y las clases reaccionarias de México ha mucho tiempo que la han iniciado. De Alamán a Vasconcelos, pasando por Bulnes, no han faltado, a los conservadores de México, plumas magníficas y cerebros dignos de mejor tarea.

La interpretación materialista de la Historia —considerada hasta hoy, con razón, como la más científica— debe ser el método que presida la selección de materiales antes de llevarlos a la clase. Porque en Historia, como en toda disciplina, “el maestro sabrá lo superior para enseñar lo elemental... o no enseñará”.

El estudio de los principios básicos de la interpretación materialista de la Historia no nos releva —de ninguna manera— del estudio propiamente histórico, es decir, de las tareas de información e investigación históricas. Pues así como la investigación histórica —la reunión de datos, fechas, biografías, descripciones de batallas, re-



Mayo 25 de 2007

Academia de Humanidades FES-Acatlán

voluciones, necesidades económicas, técnicas, etc.— sería incompleta y trabajo de poco valor si no la complementamos con el concepto que ligue, clarifique y haga resaltar, las causas y los efectos, el progreso contradictorio, las luchas de clases, en una palabra las leyes del materialismo histórico, que en tal o cual periodo se manifiestan; de igual manera la presentación escueta y separada de las leyes generales propias del materialismo histórico será un trabajo inútil y hará de la enseñanza de la historia una obra zurda y demagógica.

Finalidades de la enseñanza de la historia

La enseñanza de la historia ha representado y representa un papel muy importante en la estructuración cultural y política de las sociedades humanas. La tradición —forma rudimentaria de la historia— sirvió a los pueblos primitivos para lograr su conservación y mantener su fuerza interna.

Basta leer los primeros libros de la Biblia —la historia patria del pueblo judío— para comprobar de qué manera la enseñanza de la historia tiende a conservar el grupo social hebreo. Los cinco primeros libros del Antiguo Testamento —el “Pentateuco”— no tienen otra finalidad que imbuir en el pueblo judío la idea de su origen divino y sus altos designios como “pueblo escogido”.

Y si del pueblo judío pasamos al chino, comprobaremos el mismo fenómeno. La enseñanza de la historia en éste no tiende más que a “conservar la tradición” y con ella la férrea estructura social-política de las castas.

Así en la antigüedad como en los tiempos modernos:

Para el fascismo —desesperada agonía del capitalismo moderno— la enseñanza de la historia se utiliza para exacerbar el nacionalismo y sustentar teorías racistas que preparan a la juventud y al pueblo todo para las conquistas imperialistas de rapiña.

En la Italia moderna la enseñanza de la historia resucita las pasadas glorias del Imperio Romano, para justificar la existencia actual de su César: Mussolini y de sus ricas colonias: Somalia, Abisinia... y el intento criminal de nuevas conquistas: España.

En la Alemania nazi actual, la enseñanza histórica prepara las próximas campañas bélicas sobre Francia y la Unión Soviética. Claro ejemplo es la representación frecuente y obligatoria en las escuelas primarias de la pieza histórico-teatral “Destino alemán”, que según propia confesión de las autoridades pedagógicas nazis tiende a exaltar “estos dos grandes principios inseparables: la necesidad que tiene Alemania de adquirir nuevos territorios y el peligro inherente a la posición del Reich en el centro de Europa”.

Resumiendo: La enseñanza de la historia —como parte importante que es de la educación— está al servicio de la clase en el poder y sirve para mantener e imprimir en las mentes jóvenes la ideología y los propósitos de esa misma clase dominante.

Nuestra finalidad: “...crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social”. (Art. 3º constitucional).

Así como la física y la química, la anatomía y la cosmografía nos permiten dar al niño un concepto racional y “exacto” del universo, así la historia —y con ella las materias sociales— nos dan la posibilidad de enseñarle el mecanismo de la sociedad humana.

Predicar con gritos e insultos contra los fanatismos es tarea ingrata, peligrosa e inútil. Vale más enseñar al niño —y al adulto, que muchas veces no ha dejado de ser un niño— cómo en la naturaleza no hay “milagros”, ni intervención divina, ni cosas extraterrestres. Explicar los fenómenos naturales, hacer que en el laboratorio el niño se sienta un “pequeño dios” provocando rayos, pulverizando piedras, o haciendo llover, es el mejor método para desfanatizar. Y si de la naturaleza le llevamos a la vida social y le demostramos también que no hay miseria en su hogar porque “Dios quiere”, sino porque la organización económica de la sociedad provoca su miseria y la de los suyos, y que las crisis no son “castigos de Dios”, sino fenómenos tan explicables como las variaciones climatológicas, estaremos realizando la más eficaz tarea desfanatizadora.

Engels dijo en memorable ocasión: “Darwin expulsó a Dios de la naturaleza y Marx expulsó a Dios de la historia”. Y en efecto, Darwin, al poner las bases para una interpretación científica del origen humano, descubrió la falsedad de la interpretación divina, y Marx —al hacer el examen científico de la sociedad— descubrió todas las mentiras convencionales y los engaños seculares que hacen posible la existencia de las clases explotadoras.